

LAS LENGUAS EXTRANJERAS EN EL MUNDO DE HOY

JOAQUIN BARCELO L.
Decano de la Facultad de Filosofía y Letras

En nuestra época, en nuestro siglo XX convulsionado por guerras, revoluciones y prodigiosos avances científicos y técnicos, se ha impuesto en todas las naciones la convicción de que los pueblos no pueden vivir en el aislamiento, de que deben estrechar sus vínculos de toda especie si no quieren fracasar en su misión histórica, y de que, en forma muy especial, tienen que establecer entre ellos toda clase de puentes culturales si desean satisfacer las exigencias de su destino. Hoy, más que nunca, el carácter universal de la cultura se ha hecho evidente. En ciertos momentos del pasado, las naciones pudieron aún permitirse ignorar la lengua, las instituciones, las formas de vida y las creaciones literarias y artísticas de otros pueblos.

Esto ya no es posible. Muchas razones se han invocado para explicar la creciente integración de las diferentes comunidades nacionales en grandes agrupaciones internacionales, como por ejemplo el mayor acceso a los medios de comunicación, las necesidades siempre más complejas de vínculos comerciales internacionales, etc. Pero éstas no son causas, sino efectos. La razón más profunda de este proceso es el carácter gregario del hombre, que es incapaz de vivir en el aislamiento y busca por necesidad de su naturaleza misma el contacto con sus semejantes. El ser humano es eminentemente social, y por esto cada intento que realiza para extender el campo de sus relaciones con los otros hombres significa un acrecentamiento de su capacidad humana, una posibilidad de ser hombre de manera más plena y más lograda. El niño, por la condición propia de su edad, permanece todavía circunscrito a la pequeña sociedad que es su familia; a medida que crece y se desarrolla, extiende su mundo social en la escuela, ya formado, necesita vivir en una comunidad mucho más amplia. Ahora bien, el mundo social en que necesita moverse el hombre culto de nuestra época es nada menos que la comunidad internacional entera. En efecto, uno de los rasgos más característicos de nuestro tiempo es que todos los pueblos de la tierra constituyen el mundo que permite vivir y desarrollarse a la cultura.

Pero el fundamento primero sobre el que se edifica una cultura es la lengua. Sin el vínculo del idioma no hay comunicación valedera posible entre los individuos ni entre los pueblos. Aun más, si una cultura consiste en un sistema de conceptos y modos de comportamiento, la lengua es el único vehículo que permite recibir esos conceptos y comprender esos modos de comportamiento como formas de conducta inteligente y, por tanto, humana. Quienes han tenido ocasión de trabajar con creaciones literarias y científicas y con obras del pensamiento escritas en otras lenguas, conocen la enorme dificultad que se experimenta para comprender y comunicar nociones que no tienen palabras que las expresen en nuestro idioma. Esta constatación permite concluir que las posibilidades que se abren a nuestro pensamiento creador están condicionadas por la extensión y profundidad de la lengua misma en que hablamos, porque ésa es la lengua en que pensamos. El idioma se nos

muestra así como el marco dentro del cual nuestro pensamiento alcanza su libertad de movimientos en busca de sus formas conceptuales propias. De este modo, se nos hace patente que el aprendizaje de una lengua no es meramente la adquisición de un nuevo instrumento que nos permita comunicarnos con nuestros semejantes, sino que es también una apertura de nuestro ser hacia nuevas formas culturales y, por lo tanto, una ampliación de nuestro mundo humano. Al aprender una lengua, hacemos nuestros modos de pensamiento distintos de aquellos a los que estamos habituados, y de esta manera ampliamos nuestras propias posibilidades intelectuales y creativas. No es casual que los antiguos griegos hayan definido al hombre como el animal que posee la palabra y hayan hecho consistir precisamente en el dominio y manejo de la lengua el rasgo esencial de lo humano, lo que distingue al hombre de los restantes animales.

El Departamento de Lenguas Modernas, consciente de la importancia de su tarea de enseñar las lenguas extranjeras modernas, ha querido entregar, como complemento indispensable de su ejercicio docente, esta publicación en que hará llegar a una comunidad más amplia los resultados obtenidos de su experiencia pedagógica y las sugerencias nacidas de su actividad académica. Se trata de un esfuerzo por dar pleno cumplimiento a lo que los profesores universitarios sienten como su más alta responsabilidad. En la realización de este esfuerzo se ve satisfecha una aspiración que confiere sentido y dignidad a una tarea a menudo ingrata, pero generosa. Por consiguiente, la aparición de esta revista constituye un motivo de legítimo orgullo para la Facultad de Filosofía y Letras, y un paso más en su determinación de contribuir en toda la medida de sus posibilidades al progreso intelectual y cultural de nuestra patria.